

Espacio, protección cultural y feminismo.

Casos concretos en la arquitectura gallega

*Tener en cuenta es una actitud feminista.
Incorporar las diferencias como criterio de igualdad.
Sobre Pascuala Campos, arquitecta.*

Una manera de entender lo complejo, de abordar los espacios intersticiales, menos evidentes, sutiles. En realidad aquello que hace ciudad más allá de piezas arquitectónicas aisladas que pueden llegar a caer en el narcisismo urbano. Ese narcisismo que constituye un discurso histórico alejado en lo real del constructo colectivo. Son los umbrales de los que habla Pascuala Campos, mujer, arquitecta, feminista y profesora.

A Pascuala le tocó hacer vanguardia en una Galicia atada a las formas tradicionales de autoabastecimiento y en un momento en el que la arquitectura española estaba saliendo de la autarquía sin hacer ruido. Las formas, los materiales, las referencias; paradigmas todos ellos que quizás resuenen en eco patriarcal -en el que caemos los que lo estudiamos el arte ajeno- y del que seguramente una feminista se querría desmarcar.

No tardó mucho Campos de Michelena en incorporar la verdadera vanguardia de una disciplina sociofílica como es la arquitectura. La verdadera vanguardia en forma de vivienda social. Al componer aquel romancero gitano en el poblado de Campañó (Pontevedra) estaba desplegando en los años setenta la sensibilidad precisa para leer la idiosincrasia de una cultura y traducirla a necesidades cubiertas. Una propuesta que recordaba aquellas de los arquitectos utópicos del siglo ilustrado: plan central como eje compositivo del conjunto de viviendas que guardan semejanza simbólica con un carromato transhumante. Versatilidad distributiva en los interiores, favoreciendo el crecimiento exponencial de los miembros de sus familias. Siempre primadas las funciones de almacenaje y los espacios de convivencia que demanda la forma de vida romaní. Incorporar las diferencias como criterio de igualdad.

La igualdad articulada desde otro alegato, el de *tener en cuenta como actitud feminista* buscando en el proceso proyectual las preguntas que acompañen y ayuden a vivir mejor. Es un pequeño viraje de foco que se evidencia tácitamente en intervenciones que se llevan a cabo en algunos de esos espacios venerados como patrimoniales: Combarro. Cuando dejamos caer los sentidos sobre el núcleo histórico-artístico de este enclave marítimo la mano de Pascuala Campos resulta difícil de evidenciar. Sutil, prácticamente inaudible, nos recuerda a ese trabajo invisible diario y femenino sobre el que reflexionaba la artista conceptual Carme Nogueira. Quizás no sea del todo osado asegurar que parte de la conservación de Combarro desde los ochenta -momento en el que interviene Campos- hasta hoy sea *obra suya*, y sí precisamente con estas dos palabras apropiadoras y típicas de la arquitectura patriarcal. *Su Obra* en Combarro ha sido muy procesual incluyendo la voz del pueblo dentro de su equipo. Necesidades, sensaciones y emociones concretas que no

habían sido tenidas en cuenta cuándo décadas atrás la maquinaria del pintoresquismo conducida por h(n)ombres como Pons Sorolla puso aquí en marcha la exaltación del patrimonio. Esa palabra que empieza por pat/ que dejó fuera precisamente el sentir de quiénes debían conservarlo.

Quizás una actuación más alineada hacia el matrilineado del que hablaba Celia Amorós es el de una arquitecta feminista que viene dispuesta a lanzar una mirada sobre el entorno y a ver en él las personas que lo componen. Los elementos menos habituales, pero fundamentales a la hora de trabajar sobre un lugar. Es un trabajar para el pueblo, pero con el pueblo. De Michelena con su equipo detectan cuáles son las actuaciones necesarias para la salvaguarda material de un entorno protegido y, también para una mejoría en la vida cotidiana. Y lo concretan con una serie de puntos enfocados a labores de mantenimiento y dotacionales. Consigue de esta manera que la piedra y la población combarresa se reconcilie entre sí con la idea de ser un objeto patrimonial y se implique en su conservación.

Si posamos el análisis sobre esas dotaciones nos encontraremos con dos elementos destacables por su iconicidad en la sociología arquitectónica y que además responden a la intención de Pascuala Campos, de otorgar espacios de encuentro. El primero, el espacio público por excelencia, el ágora contemporáneo, una pequeña plaza: la plaza de A Rualeira. (fig. 1) Diseñada para dar cabida a la celebración, la charla o el reposo. Se halla abierta hacia la Ría de Pontevedra en diálogo y como transición entre individuo, arquitectura y mar. Aquí se tienen en cuenta las formas que lindan con el agua y se proyecta un muro de piedra en forma de U que remata el conjunto dejando las bajadas laterales libres hasta el arenal.

El otro es el lavadero (fig. 2) . Una estructura esquelética y desnuda que cumple su función y que parece querer decirnos: “sí, prescindo de cualquier anécdota decorativa” Vaciado, o mejor dicho, nunca llenado de paredes, ni de referencias a nada más que no sea lo cotidiano en el pueblo, pero sí, completo de trabajo y de hablillas dispares. Lavaderos y lavanderas, ocupación y oficio femenino por excelencia. Manos que han limpiado en condiciones precarias las manchas de anécdotas vitales de la sociedad que atienden.

Los lavaderos forman una especie de tipología -que casi no llegó a ser tal- en desuso en el entramado comunitario actual, pero que tuvo una gran importancia en la mejora de la calidad de vida de las mujeres que se dedicaban al lavado de ropa. Siempre mujeres y normalmente inmersas dentro del curso del río de la población. Por eso las pequeñas y rudimentarias construcciones que proliferan aún hoy en día llevan precisamente el nombre popular de *río de lavar*. Son, los lavaderos, una buena muestra como tipo de edificación para tensionar la diferencia entre arquitectura para mujeres y arquitectura feminista.

Si analizamos los planos urbanos y –sobre todo- periurbanos de la primera mitad del siglo XX en cualquiera de nuestras ciudades nos encontraremos con varias de estas piezas: un edificio habitualmente exento, de dos plantas, horadado y con un lenguaje estilístico historicista, eclecticista o racionalista, dignificador en todo caso. Sea por un intento nunca declarado de lavar la conciencia por la mala calidad de vida de las trabajadoras que dentro

acometen su labor. En realidad, en la parte filantrópica este tipo de promociones suelen estar avaladas por un espíritu regeneracionista partiendo de la urgencia manifiesta que cubren los consistorios y no pocas veces iniciativas altruistas de carácter privado.

La monumentalidad es precisamente una de las claves para desmontar cualquier atisbo de feminismo en algunas de estas edificaciones destinadas a mujeres. Un exterior: contundente, lleno de referencias estéticas. Al interior elegante escalera, apertura en claustro para recoger el agua de la lluvia. Un edificio en el que se puede trabajar, pero no se puede habitar durante las interminables jornadas de trabajo diurno y nocturno de una lavandera de hace cien años. Otro exterior (fig.3): más racionalista, que sirve de transición entre la ciudad y el río al que viene a socorrer y por ello pega las pilas al mismo en doble ringlera para aprovechar las crecidas en distintas épocas del año. A sus espaldas un espacio diáfano que quiere dar solución a las necesidades cotidianas de las trabajadoras. Un lugar en el que se puede preparar la comida, almacenar útiles y servir de recreo infantil. La segunda, planta siempre destinada a tender la ropa, de ahí la obligación de practicar huecos.

Son dos ejemplos reales, el segundo de ellos aún se puede utilizar en 2018 en la localidad gallega de Betanzos. Casi un siglo después de que Estanislao Pan y Pérez diseñase... ¿Un edificio feminista? Es seguro que en el ánimo del ingeniero no versaba enarbolar una bandera a la cual, por otro lado, aún le quedaban unas cuantas décadas para terminar de dibujarse. Pero, como muchos de los artífices que mejoraron la salubridad de la población a base de infraestructuras, acopió la suficiente sensibilidad para proyectar un objeto arquitectónico conectado a la gente y al entorno en lo formal y en lo funcional.

Esa bandera feminista sin panfletos ni abstracciones es la que De Michelena maneja con hormigón, madera y vidrio en el lavadero de Combarro consciente del marco cronológico en el que se mueve. Pero sobre todo consciente del marco territorial y humano. Porque cuándo el equipo de Pascuala piensa en el lavadero de Combarro, respeta e ilustra, como no, la imagen de un hórreo. Arquitectura parlante como guiño al símbolo por antonomasia del lugar y que interesa preservar. El hórreo pegado al litoral es casi una firma, un reclamo y una peculiaridad en la que ya se fijaron viajeros de otras épocas. Uno de ellos deja escrito en 1917 que esta vila de Poio supera con creces el centenar de ejemplares. Baste decir que la velocidad de destrucción de los mismos se frenó considerablemente coincidiendo con la actuación que nos ocupa.

Se hace patente por tanto que otra forma de actuar es posible modelando intervenciones desde la dimisión al reconocimiento inmediato y que usa el conocimiento profundo como arma, el "tener en cuenta". No es asumir un rol femenino de discreción, sensibilidad y renuncia en aquel cantar a pombas e flores que denunciaba Rosalía. Sino hacerse cómplices con lo invisibilizado y otorgarle categoría de poder como protagonistas en zonas que rozan lo santificado. Plantar resistencia física ante la hegemonía establecida, también en lo geográfico.

No es difícil encontrar más nombres de mujer asociados a empresas semejantes en un ámbito en el que la presencia femenina –no digamos feminista- sigue arrastrando un remolque que no le corresponde. Pensemos por ejemplo en las obras mejoras de Santa Mariña de Augas Santas dónde Marta Somoza despliega finura en el arte cantero (fig.4). Una vez más lo importante es la delicadeza en el tratamiento del entorno, en no herir su historicidad, una mirada sosegada y, sin carecer de importancia, discreta. En este caso el diálogo de la estereotomía de la piedra que va mudando según se acerque o se aleje del santuario. Tres grados de pavimentación por sectores. Grandes losas en las inmediaciones de la iglesia, adoquinado a continuación y en la zona más alejada, que cuenta con un aparcamiento disuasorio, hormigón. Conjugando en su lenguaje la presencia de la naturaleza al abrir según programa las juntas al crecimiento del verde de la hierba sin interrumpir el ciclo del agua. Una de esas intervenciones que se viven y se disfrutan, pero que no cobran notoriedad sin una puesta en valor que desvele la intención.

El común de la comprensión del margen de los umbrales en dos conjuntos protegidos por dos mujeres arquitectas de dos generaciones consecutivas que se han encontrado en una misma escuela de arquitectura. La ETSAC coruñesa en la que Pascuala Campos de Michelena ejercía la carrera docente llegando a ser la primera arquitecta que accede a cátedra en la historia universitaria española. “Espazo e xénero” fue el trabajo que le dio el título, una interesante reflexión sobre los vínculos entre lo íntimo , lo colectivo y los espacios de poder. Le tocó hacer/ser historia en distintos campos. Privilegió el de la enseñanza encargado de abrir y consolidar el cambio en las acciones futuras. Un cambio que como ella misma sentencia, pasa necesariamente por habitar otro discurso.

Carmela Galego

(Fotos. Pie página)



FIG 1 Pz Rualeira Combarro. Enrique Iglesias



FIG 2 Lavadeiro Combarro. Enrique Iglesias



FIG 3 Santa Mariña de Augas Santas. Marta Somoza



FIG 4 Lavadeiro Betanzos. Alberte Pérez.

(Breve CV)

Mestra de Educación física, historiadora da arte e nai. Cunha labor profesional que conxuga a divulgación cultural e a deportiva enfocada a diversas idades e ámbitos. Especializando nos últimos anos en traballos colectivos de memoria local para diferentes institucións e publicacións.